

El tropiezo de la cruz

Mateo 16.16-23; 26.31-35;

Marcos 8.27-33; 14.27-31

«... pero nosotros predicamos a Cristo crucificado, para los judíos ciertamente tropezadero, y para los gentiles locura; mas para los llamados, así judíos como griegos, Cristo poder de Dios, y sabiduría de Dios» (1^{era} Corintios 1.23-24).

El gran apóstol Pablo dijo: *«Pero lejos esté de mí gloriarme, sino en la cruz de nuestro Señor Jesucristo»* (Gálatas 6.14a). La gloria de la cruz proviene de la agonía de ella. El Hijo de Dios convirtió Su muerte en la cruz en una gloriosa victoria.

El gran corazón de Dios para con la gente, fue revelado en la cruz. Él lo dijo todo por medio de la muerte de Su Hijo. ¿Qué más podía decir? Satanás ha hecho todo lo posible para volvernos ciegos a la gloria de la cruz. Ha procurado hacerla repulsiva y ridícula para nuestra inteligencia, de modo que la rechacemos. Por lo tanto, se torna trascendental entender el «tropiezo de la cruz». Dios ha elegido salvarnos por la cruz, pero el diablo procura llevarnos a burlarnos de ella. ¡Si no entendemos el «tropiezo de la cruz», entonces es probable que nos perdamos lo que el dios de este mundo, el diablo, está haciendo! No entender sus designios, equivale a dejarnos engañar

por estos!

La cruz hace que vibren sermones, cánticos, libros, obras de arte y conversaciones diarias. ¿Cómo es posible, entonces, que pueda haber tropiezo alguno en ella? Algunos hablan del «niño Jesús» o de «¡un hombre indefenso que muere en una cruz!», y se considera a Jesús «un hombre inofensivo». Esta actitud ha hecho que el relato de la cruz parezca como un cuento de hadas de carácter sentimental. Las prédicas que más gustan, son las que evitan la violencia, la sangre y la crueldad que son inherentes a la cruz; son prédicas que han quitado el dolor de la cruz y la han vuelto ineficaz.

Es probable que nadie que viva hoy haya visto una crucifixión. No hay palabras para describir cuán degradante era morir de tal manera. Desde la posición en que nos encontramos, es casi imposible entender la agonía de ella. Ponemos la cruz en la arquitectura de nuestras iglesias; la consideramos hermosa y ornamental. No obstante, la cruz no es simplemente «arquitectura apropiada»; no es simplemente una «historia significativa». Los hombres glorifican la cruz, a la vez que se pierden el significado de la muerte de Jesús. La cruz no es el sentimentalismo de contar historias; es la muerte histórica del Hijo de Dios por los pecados del hombre.

Amamos la vida, pero la cruz es una presentación de muerte. Anhelamos la victoria, pero la cruz comienza con derrota. Procuramos la paz, pero la cruz resulta de la guerra. Amamos la hermosura, pero la cruz es horrible. La cruz se opone diametralmente a lo que la humanidad procura tener. Los críticos protestan, diciendo: «¡Cómo se atreve Dios a ser Dios!». Sin embargo, ¡Él lo es, y siempre lo será! Él, como el único Dios justo, eligió que Su Hijo llevara nuestros pecados por una agonizante muerte en

una cruz.

Jesús dijo muy seriamente a Sus discípulos que Él sería motivo de tropiezo (Mateo 16.16–23; 26.31–35; Marcos 8.27–33). Cristo incluso usó una palabra griega que significa «escandalizarse»,¹ cuando dijo que Sus seguidores se ofenderían por Él (Marcos 14.27–31; Juan 6.60–61).

¡La gente *se ofendía* por Jesús y Su muerte en la cruz! No podían entender cómo un delincuente común que había sido crucificado, podía ser el Salvador de ellos. En la sociedad romana culta, la palabra «cruz» era casi una obscenidad, una palabra que se rechazaba en público. La idea de que Jesús fuera crucificado llegó a ser demasiado para Pedro, razón por la cual trató de proteger a Jesús de ello. Estaba alterado. ¡No deseamos que Dios maneje los asuntos a Su manera! Pedro conocía la Escritura antiguotestamentaria que presentaba el madero (la cruz) como una maldición (Deuteronomio 21.23; Hechos 5.30; Gálatas 3.13).

Jesús reaccionó rápida y firmemente a lo dicho por Pedro, ¡identificando a este con Satanás! (Mateo 16.23). La gente puede reprender a sus enemigos, pero no sabe cómo reprender a sus amigos. Jesús lo reprendió y le dijo que se apartara de Su camino, pues él iba hacia la cruz.

La cruz fue el campo de batalla de Jesús. Él «sudó sangre» en Getsemaní, y oró pidiendo a Dios que, si fuera posible, hallara otra manera (Lucas 22.40–44). No había otra manera, excepto la cruz.

Pablo no se avergonzaba del evangelio (Romanos 1.16–17). ¿Nos avergonzamos nosotros? La tentación de quitar o de reducir el impacto de la cruz, siempre está allí.

¹ La palabra griega para «escandalizarse» es *skandalizo*, y significa «recaer».

Pablo habló no solo del «tropiezo de la cruz» en Gálatas 5.11, sino que también presentó a Cristo como «piedra de tropiezo» (Romanos 9.31–33). Presentó la cruz como un tropezadero para los judíos y como locura para los gentiles (1^{era} Corintios 1.17–25).

No entenderemos la salvación que Jesús produjo, sino hasta que entendamos la cruz. En la cruz Dios dijo que la única manera de derrotar el pecado es por el justo enjuiciamiento del pecado. ¡Si la cruz no importara, entonces nada importaría!

Es probable que en la tierra no haya nada tan controversial, ni que haga tropezar tanto, ni que divida tanto, como la cruz. ¡Nadie hizo enojar jamás a la gente tanto como Jesús la hizo enojar y la hace enojar!

La cruz ofende porque es Dios, no el hombre, quien tiene la razón. 1) Dios tiene la razón porque nuestro problema es *el pecado*. 2) ¡Dios tiene la razón porque la única respuesta al *pecado* es la *cruz*! Los pecadores están perdidos, sin esperanza y destinados al infierno. Esto nos ofende. La mayoría de nosotros no podemos reconocer que estamos lo suficientemente perdidos para necesitar la salvación. Los pecadores no desean saber de su culpa, ni que se les recuerde de ella. Decir que somos pecadores contradice nuestros corazones llenos de orgullo, egoísmo y obstinación. Cristo murió por los impíos, esto es, por los pecadores (Romanos 5.6–8). ¡Todos reunimos los requisitos!

La cruz ofende porque los pecadores no merecen la salvación, ni pueden ganarla y ni comprarla. ¡En esta realidad vemos la ofensa de la gracia! El hombre no puede salvarse a sí mismo. No obstante, lo que la justicia exigía, la gracia suministró. Jesús lo pagó todo. ¡El hombre pecador está eternamente indefenso sin Jesús! El hombre no puede imaginar ni explicar la cruz, él solo puede humildemente

creer en ella. Esto nos ofende.

La cruz ofende porque no podemos responder a Dios «a nuestro modo». Jesús dijo: «Yo soy el camino, y la verdad, y la vida; nadie viene al Padre, sino por mí» (Juan 14.6). Esta aseveración es inflexible, estrecha, excluyente, intolerante y sentenciosa... pero es la verdad. Tal declaración ofende (vea Hechos 4.11–12). ¿Procuramos nosotros agradar a los hombres o a Dios? (Juan 12.42–43; Hechos 5.29). Ningún pecador puede ser salvo sin Jesús. Ha llegado la hora de poner la cruz donde Dios la puso. ¡Dios mismo... se dio a sí mismo... para salvarnos... de nosotros mismos!

*La cruz...
¡no hay otro camino!*

Autor: Charles B. Hodge, Jr.
©Copyright 2008, 2008, por LA VERDAD PARA HOY
Todos los derechos reservados